

Horizonte tardío

ERNESTO ESCOBAR ULLOA



C

Editorial Comba



Diez años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2024

Colección Narrativa

Horizonte tardío

ERNESTO ESCOBAR ULLOA



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Pixabay

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Ernesto Escobar Ulloa

© Editorial Comba, 2024
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-1-2
DL: B-2.190-2024

Índice

Primera parte	9
Miedo	11
Juegos florales	51
Distortion	91
Purgatorio	125
Segunda parte	159
1986	161
Kilómetro 61	197
Fort Lauderdale	235
Luna	281
Diario de Rut	307
Bujama: kilómetro 90	337
Paranoid	361
Puerto fiel	389
Anexo	415
Pulpos	417

A Chenge

Horizonte tardío: periodo de las civilizaciones andinas caracterizado por el desarrollo del Imperio incaico, hasta la conquista española en 1532 con la captura del inca Atahualpa.

«Jadis, si je me souviens bien.»
Une season en enfer, Arthur Rimbaud

Primera parte

Miedo

Quizá nunca sabré quién era.

Puede que un día él me reconozca a mí, me vea en algún sitio y me diga, hey ¿tú no serás Martín? ¿Sabes quién soy? Mercado, año nuevo, 90-91, ¿te acuerdas?

Por mi parte sería incapaz de reconocerlo. No recuerdo absolutamente ninguna de sus facciones. Recuerdo otras cosas, su *look*, lo que llevaba, que usaba Glostora, que parecía que se iba a jugar tenis al Terrazas. Por eso me desubicó. No supe por dónde cogerlo. Por un momento no le creí cuando dijo que se iba a Santa María, ¿conoces? Y menos tuve claro si había hablado antes con él. En ningún momento me dije ajá, qué coincidencia, está acá ese pata del colegio, qué suerte. Para nada. Su cara me sonó vagamente y por unos instantes dudé si realmente habíamos hablado alguna vez. Ni siquiera hice el esfuerzo por recordar su nombre, sabía que no se me asomaría ni a la punta de la lengua.

Mencionó la presentación en los Juegos Florales por romper el hielo. Habían pasado un par de años desde

que había dejado el colegio y muchas otras cosas de las que habló me quedaban demasiado lejos. Sonaban ajenas. A esa edad, miras más para adelante. Ya no llevaba greñas ni me vestía siempre de negro. Era otra vida, la de otro yo. Tocaron bacán, dijo por cumplir. Mercado, aparte de traer esos recuerdos, era un conocido, y en esas circunstancias un conocido era mucho más de lo que podía esperar. Yo nunca le he pedido demasiado a la vida. Visto el panorama, un conocido era un regalo del cielo.

Lo interesante de los viajes es que contienen una historia propia, delimitada por la partida y el retorno. Ahora viaje, lo que se dice viaje, a lo mejor no aplica como tal, pero ha habido verdaderas odiseas que significaron menos.

Claudio había partido la víspera, a mediodía, sacándome el dedo medio por la ventana mientras se alejaba por Los Próceres, en el auto de uno de su facultad. Cuántos más irían con él. Nunca lo supe.

Si no nos fuimos juntos fue por Rut, que me había pedido que la esperara al menos hasta el día siguiente. Tantos días no podía estar fuera: veintinueve, treinta, treintaiuno, primero. No le hubieran dado permiso. Al menos ésa fue la excusa que me dio. Pedir permiso no sé si la avergonzaba más a ella o a mí. Fíjate que hasta ahora me da pudor reconocerlo. Rut lo había demorado hasta justo la hora programada de partir, al parecer por miedo al interrogatorio al que sería sometida. En muchos sentidos esta historia trata del miedo. Quizás todas las historias traten del miedo. Ése era el suyo. Los míos llegaron entonces. Lo que se estaba cocinando en

esa pócima sulfurosa era mi pellejo. Lo primero que dijo al contestarme confirmó mis sospechas y disparó todas las alarmas: no sirvo para mentir.

—¿Y por qué tenía que mentir? —pregunta Aurora.

A veces, por efecto de la medicación, cualquiera diría que Aurora duerme o delira... Pero escucha. Otras veces simplemente ronca pero yo continúo con mi relato. En cualquier caso, escuche o no, la verdadera audiencia soy yo mismo, para qué nos vamos a engañar, que aprovecho mis vacaciones para visitarla a diario y acomodarme en un sillón que me permite proyectar mis recuerdos en el techo. A veces incluso creo que hablo pero en realidad son sólo palabras en mi cabeza, que discurren como los *podcasts* que de vez en cuando me pongo para dormir. Toda esta historia viene porque anoche, en la hora más oscura de su convalecencia, Aurora preguntó si recordaba la primera vez que hablamos.

—Claro que me acuerdo —le dije, recordando fiebres altas que de pronto parecen abrirte las puertas a otros mundos.

—Te pregunté si escribías relatos eróticos, ¿te acordás? Nunca me respondiste.

Nunca le he preguntado tampoco por qué le gusta usar *vos* conmigo, si yo no voseo.

—No te respondí no por nada, vinieron tus amigos... Me acuerdo de eso.

Le conté que la respuesta habría sido no. Que los había escrito, sí, pero hacía tantísimo tiempo que ya ni me acordaba. Y no guardaba ninguno. Además, es un género cenagoso en el que no me apetece incurrir.

—¿Estás seguro? Tienes que darme alguno para cuando salga de acá —dijo.

—Ahora que recuerdo, alguno guardo —le dije, reservándome la malicia para mí mismo—. Pero no sé si me atrevería a publicarlo. ¿Te acuerdas del libro de Rimbaud que viste en mi casa un día, cuando aún estábamos en Madrid? ¿Te acuerdas del papel doblado que se cayó al abrirlo?

El papel doblado contenía aquel cuento erótico, escrito a mano. El libro era *Una estación en el infierno*, en la edición de Steinmetz, de 1989.

Aurora no se acordaba. Aurora babeaba.

Su madre hubiera consentido que se hospedara en casa de una amiga, no que se largara de campamento a la playa con una pandilla de degenerados. En eso era en lo que debía mentir, tampoco era tan difícil. Pero según Rut no le había dado oportunidad de pintarle esa cancha, la verdadera razón no había sido ésa, para nada: aunque no me creas, Ezra, es el terrorismo.

¿El terrorismo? ¿De cuándo acá el terrorismo había sido un problema? Y si por último lo era, bastaba con asegurarle que estaría cien por cien a salvo con esa amiga suya que paraba con escolta, Silvia; bastaba con prometerle a su madre que la llevaría y la traería súper segura en coche blindado custodiada por unos cuantos roperos armados con uzis y problema resuelto.

Pude haberla convencido para desobedecer de plano y fugarse conmigo, no habría sido la primera vez. Pero esa mañana me quedó claro que algo olía mal, que en

el fondo se trataba de una estratagema sucia y cochina para retenerme en Lima hasta que fuera demasiado tarde para partir. Tratar de convencerla, insistir, sólo serviría para seguir perdiendo más tiempo y tiempo era lo que más falta me hacía.

Por un instante llegué a creer que le habían negado el permiso por haber contado finalmente que la habían expulsado de la uni. Otra ingenuidad de mi parte. A esas alturas seguía ocultándolo y el único milagro que podía salvarla naufragaba a la deriva, en la inercia absoluta. Consistía en un papeleo que empezaba presentando una apelación, que por unanimidad un comité de sabios se la admitiera y fallara la invalidación de su examen final de Estadística, cosa que pasaba una vez a las quinientas. Seguidamente debía presentarse a una nueva convocatoria y sacar la nota necesaria para aprobar, algo totalmente fuera de su alcance. Nada de eso estaba en marcha. En otras palabras, la habían expulsado por repetir tres veces la asignatura, y nomás quedaba esperar al próximo año a que se lo notificaran con un papelito que aparecería una mañana en su buzón.

¿Y ahora qué hacemos?, preguntó. Pero a mí el nosotros me sonó a demasiada gente.

Conociéndola, costaba creer que no tuviera un plan B. Sus planes B comenzaban como si se le acabaran de ocurrir. Curiosamente, cuando se trataba de planes B míos abundaban los inconvenientes. Si por casualidad esos inconvenientes se despejaban, sacaba su última carta: aún quedaba pedir permiso. Ahora, cuando se trataba de sus planes B... ¿permiso? ¡Por favor! Y si a mala hora la vieja

le ponía pegas, entraba a tallar el viejo, que le consentía todo. Esta vez ambos le habían negado el permiso por el tema del terrorismo... Era natural que sospechara.

Cierto que el terrorismo pegaba fuerte en esa época, pero aún más cierto era que entre sus objetivos no figuraban las playas del sur. Quedarse en Lima era definitivamente más peligroso. En Lima se encontraban los cuarteles, los bancos, los canales de televisión, los periódicos, los centros comerciales, los ministerios, el palacio de justicia, el congreso, el palacio de gobierno, todo lo que el terrorismo quería volar en pedazos. Tampoco te voy a engañar, éramos unos inconscientes, prácticamente hicimos vida normal en medio de ese pandemonio, o lo que nos acostumbramos a llamar normal. No te podría decir mira, nos privamos de esto, nos privamos de lo otro. Nada, no nos privamos de nada. Nunca piensas que las barbaridades que les pasan a los demás te pueden pasar a ti, así es, es algo muy humano. Casi todo lo que quisimos hacer, lo hicimos. Habíamos encontrado una manera de suprimir los toques de queda, los apagones, los paros armados y crear una realidad paralela. Si no venía conmigo no era por Sendero.

Estábamos en la mañana del treinta. De quedarme siguiéndole el juego, caía la tarde y se hacía prácticamente imposible marcharme. La gente solía quejarse de la falta de transporte público los días de fiesta. ¿Y ahora qué hacemos?, insistió por teléfono ante mi silencio. Tú no sé, dije, yo me voy.

—¿Así se lo dijiste? —pregunta Aurora.

—Así se lo dije.

—¿Qué te dijo ella?

—No la oí, no me acuerdo.

Lo cierto es que tuve que apartar el teléfono cuando finalmente articuló palabra. ¡Ruquero! ¡Mentiroso! ¡Conchatuvida!

—¿No la oíste o no te acuerdas? —dice Aurora.

—No la oí.

A esas alturas nuestra relación parecía la *La guerra de los Rose*. Jódete, pensé. No había ya nada que pudiera salvarla. Tal vez se lo dije. Había cosas más importantes que hacer que andar peleando: comprobar que no me olvidara de nada, por ejemplo. Reviso la mochila por la que tengo un especial cariño. Tela sintética. Cierres reforzados, falso compartimento interior, donde en épocas colegiales escondía casetes metaleros, satánicos para los curas: una cuchilla Suiza con abrelatas y destapador, un vodka barato, un whisky importado que le acabo de pelar a mi viejo y un par de chatas de ron (ni te imaginas para qué sirvió una de ellas). ¿Llevaba comida? De no haberlo dejado en un taxi habría incluido un tamalito que compré la víspera, en La Mar, donde había jurado nunca más volver, pero ni modo, tuve que volver, ya te contaré esa odisea...

—¿Pero tamal es de México, no? —dice Aurora, cambiando de postura, sin mirarme—. No sabía que también hubiera tamal en Perú...

—Hay, hay. Bueno, ya te contaré.

Aurora pasó una larga temporada en México antes de trabajar en Cálamo.

—Y mi librito de Rimbaud también lo llevé. Tenía que llevarlo. Me disponía a saltar a la carretera. Era parte

de mi película. Por cierto, te he traído un ejemplar, lo encontré en Amazon. El mío, como comprenderás, no te lo puedo dar. ¿Ves?, el cuento está aquí.

—No te preocupes, gracias, yo lo guardo, pero hasta que me vaya prefiero leer el tuyo, quiero ver lo que subrayas.

Cuando volví a pegar la oreja al auricular Rut ponía el grito en el cielo. Lo razonable habría sido comprender la situación, decía, aceptarla, como un hombre, proponer alternativas, como un hombre, repitió, ver cómo la pasábamos juntos. Tal vez se refería a una cena en mi casa, no sé, con mis viejos... O tal vez en la suya, no sé, con su mamá, con su hermanita, hablando pendejadas tipo la hiperinflación. ¿Qué le parece, señora la hiperinflación, cómo la paramos? O los atentados, por último.

En lugar de llenar aquel nuevo silencio con una explicación, unas disculpas, un te quiero y un adiós, *sorry*, le dije —no tuve huevos para decir «lo siento»—: Feliz año, te he esperado demasiado, *bye*. Me sentí pésimo pero fue una liberación, hasta hacía pocos días no me hubiera atrevido a hacer nada semejante. A partir de ese momento me acecharon sentimientos encontrados. El alivio duró poco. Casi nada.

Por si me había olvidado, me cuadró con el tonito amenazante al que tan acostumbrado me tenía: Se trata de ser pareja en las buenas y en las malas, huevón, ¿entiendes? Cuando empezaba con ésas me daban punzadas en la sien. Sí, carajo, le dije, pero me tengo que ir.

—No tiene gracia —le digo a Aurora.

—Perdona, es que me encanta cómo la imitas —dice.

De pronto hubo un largo y extraño silencio, en el que sólo se escuchó su respiración agitada: ¡Ah, claro!, dijo como quien cae en la cuenta, pero qué tonta soy. ¿Qué otras rucas van ah? A ver, dime, ruquero de porquería, ¿qué otras rucas van? Puso el grito en cielo. ¿Qué otras qué?, pregunté yo, más huevón... Aparte de Luna, mierda, ¿qué otras rucas van? Dime, no te hagas...

—¿Luna fue? —pregunta Aurora, mirándome como si mirara a otra persona, a alguien que no conozco, como si la medicación le produjera alucinaciones.

Si en cambio preguntara qué eran rucas me costaría explicárselo, pienso, viéndola cerrar los ojos de nuevo, mientras le arreglo las almohadas y guardo el termómetro en su cajita. Me daría palo incluso, la verdad. Por salir del paso diría que eran chicas fáciles, aunque tampoco sería justo. Menos justo sería decir que cobraban, pues tampoco cobraban. No es que no les importara el dinero, no nos engañemos. Les importaba. Ahora, no estaban contigo para correr con sus gastos, el trago, los puchos, las entradas y a veces hasta la comida, eso te correspondía a ti. Pero tú no eras tú, actuabas con un nombre de batalla, con un alias. Pero correr con los gastos tampoco te garantizaba mojar. Como con cualquier otra chica tenías que ser simpático, agradable, gracioso y, sobre todo, pendejo. Seguramente es lo que pasa cuando juntas adolescentes confundidas de clases bajas con hijitos de papá dándoselas de bacancitos, todo eso, en un país de mierda.

Ahora, Luna no era ninguna ruca, lo dijo por insultarla.

¿Entonces qué, va o no va?, me preguntó Claudio, que acababa de describirme en un papelito cómo se llegaba a Puerto Fiel.

Yo qué sé, le dije. Preguntaba por Rut, pero yo le habría hecho la misma pregunta sobre Luna. Tras encogerme de hombros, se marchó sacándome el dedo medio por la ventana. Ya no controlas, me dijo. Esas últimas semanas, como si los rumores no hubieran sido poca cosa, nos habíamos cruzado con Luna en todas partes; era natural que Rut se hartara. Lo digo ahora, a la distancia; en esos días no me daba cuenta de nada, estaba en otra. Yo no lo hubiera soportado.

Que zafara rápido, continuó hecha una furia, no me fueran a atrasar mis propios amigos con tanta jugadora. Amigos, dicho así, con retintín, ya sabes, como diciendo las otras basuras como tú, esa panda de ruqueros, puteros, drogadictos y malandrines con los que te juntas. Que me fuera tranquilo, que no me preocupara por ella. Que ni por un segundo se me ocurriera pensar que se iba a quedar de brazos cruzados, aplanada. No, ni hablar. Insinuó que llamaría a alguno de los pichabrava que no paraban de invitarla a salir aun a sabiendas de que era mi novia, Micky, Richy, Jimmy, siempre con nombres gringos los huachafos, tipos con billete, con carro, con departamento en Miami, a veces hasta con mujer e hijos, que me habían visto a la volada, que a lo mejor me habían dado la mano, y que me miraban

para abajo, preguntándose qué chucha hacía Rut con ese huevón, con ese imbécil.

Para serte franco, envidiaba su atractivo. No era consciente, nada más, lo confundía con celos. A veces cuesta distinguir la envidia de los celos. Si hubiera querido engañarme no habría tenido que mover un dedo. Yo en cambio tenía que mover cielo y tierra. Reconozco que si hasta cierto punto le fui fiel fue a pesar mío. La fidelidad no era una de mis virtudes, no era el resultado de un ejercicio de templanza o de entereza, sino de una pura y simple incompetencia. A mí sólo me daban bola las rucas, las despistadas, las feas y las locas. Un día me dio bola una que no era ninguna de esas cosas y que encima me gustaba, ésa fue Luna.

—¿Qué más te dijo? —pregunta Aurora.

—No me acuerdo.

Que si quería quedarme por allá, por ella, perfecto, eso sí, que ni se me ocurriera buscarla al volver. Anda a buscar a tu vieja, conchatumadre, hemos terminado.

Habíamos terminado un montón de veces pero esa vez fue distinto, esa vez me cortó ella a mí, no yo a ella. De haber sido un poco perspicaz, me habría dado cuenta de que fue el principio del fin. Pero te mentiría si dijera que lo vi venir. El que mandaba en esa relación era yo. Sólo yo podía terminarla. Que se me hubiera dado la vuelta a la tortilla jamás lo pude prever. Así de necio era.

Había cruzado el Rubicón. Meses atrás habría corrido a pedirle perdón. Ya no quería hacer esfuerzos de ningún tipo por ningún tipo de reconciliación. No paraba de repetirme a mí mismo que era demasiado

joven para andar emparejado. Me sentía interpretando un papel que ni yo mismo me creía. La oxitocina y la dopamina las tenía por los suelos y ya no me apetecía tampoco hacerles creer a los demás que seguían por las nubes. Odiaba estar en pareja. Sólo veía ataduras, renunciadas, compromisos, complicaciones. Ni de mayor me veía en pareja. Ya no era por recuperar mi libertad, mi independencia, mi soltería o salvaguardar algún tipo de filosofía vital, se trataba simplemente de mandar todo al carajo.

—Ya, es que a esa edad... —comentó Aurora hace algunos años, la primera vez que le conté muy vagamente esta historia— ...no estás para compromisos.

Quieres follarte a todas, además, sin tener que enredarte en explicaciones ni meterte en líos. Pero si rompes y te lanzas al vacío de la soltería corres el riesgo de quedarte sin follarte. Por eso cada vez que terminaba volvíamos a los cinco minutos. Le lloriqueaba, me tiraba a sus pies, me paraba de cabeza si era necesario. Hacía cualquier cosa con tal de reconciliarnos. Tal era la dependencia. Y el amor no sé, no sé si a eso se le podía llamar amor. El amor era una coartada. Un callejón sin salida.

Me sentía como una mierda. Y lo peor era que la estaba arrastrando conmigo a un lodazal que ninguno merecía.

El recuerdo de la discusión regresaba a modo de *flashbacks* terroríficos cuando en medio de ese despelote de tráfico, bocinazos y humo envenenado, me encontré

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista
Durán

- De la solastalgia*
ocho relatos naturales
44. Andrea Mayo
La planta carnívora
45. Ricardo Martínez Llorca
El viento y la semilla
46. Valentina Marchant
El reverso del agua
47. Juan Manuel Zurita Soto
Arauco
48. Osías Stutman
El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022
49. Ana Santamaría
Libres
50. Andrea Jeftanovic
Geografía de la lengua
51. Juan Villa
Mal tiempo
52. Flavia Company
Melalcor
53. Ernesto Escobar Ulloa
Horizonte tardío
54. Esmeralda berbel
Así es el juego

Bajo un sombrío puente de la Panamericana, en Lima, el protagonista de esta intensa novela se encuentra de casualidad con un excompañero de colegio. Las circunstancias harán que emprendan juntos viaje al sur, montados en la carga de un camión y junto a tres jóvenes de bajo estrato. El viaje, que se supone corto, se convierte en una inesperada odisea que evoca la paradoja de Aquiles y la tortuga, produciéndoles la inquietante sensación de que nunca van a llegar. Narrado de forma intercalada y con la frescura propia de la oralidad, es el mismo protagonista quien habrá de contar la historia veintitantos años después a su buena amiga Aurora, convaleciente en una clínica barcelonesa tras una complicada operación. Novela de carretera, realismo sucio, picaresca y algo de punk rock, *Horizonte tardío* es al mismo tiempo un retrato vívido del Perú de finales del siglo xx, en el que se mezclan crueldad, ternura o delirio. «Para Escobar Ulloa hasta el tiempo es una materia elástica con la que trabajar la literatura. Hacía tiempo que no se presentaba un narrador tan entregado y tan libre, con tanto talento» (Ricardo Mtez. Llorca, *Culturas*). «No duden de que volveremos a hablar de Escobar Ulloa» (Xavi Avén, *La Vanguardia*).



Diez años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2024